

acceso a las cosas (o a las personas) si las puedes describir con cuatro o cinco palabras: «esta-cosa-que-hizo-esto». Y ese ritmo es homérico. En la *Odisea* y la *Iliada*, todos los atributos de los héroes y los dioses se dan de la misma manera: «el que doma caballos, su nombre es Héctor» o «Este es el hombre que doma caballos, su nombre es Héctor y ese nombre significa...», y sigues adelante. Así que ése no era un problema serio. En cambio, lo que sí se convirtió en un problema para mí es que comenzó a sonar artificial.

—¿En qué sentido?

Bueno, comencé a tener la sensación de que estaba cumpliendo una especie de deber nacional, y echaba de menos la excitación que me hubiera producido escribirlo en inglés. Entonces me dije que lo importante no era el idioma sino el *tono* del idioma, y que hablar en inglés con el tono adecuado tendría el mismo efecto que si hablara en *creole*. Honestamente, pienso que no hay un solo diálogo o una sola sección narrativa de *Omeros* que incurra en la afectación retórica. En otras palabras, y espero que esto pueda aplicarse al resto de mi poesía, creo que nunca me he desviado del sonido de mi propio idioma, y no me refiero al vocabulario sino al sonido, al tono. De hecho, un poeta debe tener cuidado; no puede caer víctima del «lenguaje» o sentirse impresionado por él, y tratar de otorgarle a su obra una sonoridad virgiliana u homérica. La razón por la que Homero es tan accesible es precisamente porque se trata de un lenguaje joven empleado por un poeta temprano que escribe con estos atributos y envuelto por una realidad local y muy pequeña. La *Odisea* es fundamentalmente un poema doméstico. Le hemos atribuido una dimensión épica porque lo leemos desde nuestra circunstancia, pero en realidad es una novela doméstica sobre una diminuta realidad local.

—Así que está usted de acuerdo con el poeta irlandés Patrick Kavanagh cuando en su soneto «Épica» le hace decir a Homero que «compuse la *Iliada* a partir de / una disputa doméstica».

Sin duda. Lo que quiero decir es esto: cuando Homero contemplaba el Egeo y veía una vela cruzando el horizonte, esa vela podía convertirse (y de hecho se convertía) en la imagen de un hombre que trata de regresar a casa, y que ha de viajar largo tiempo para volver a casa.

Así pues, lo que tenemos en el genio de Homero no es algo que haya salido de un libro, sino algo que ha salido de esa realidad concreta. Ahora, una vez que le tenemos detrás, no podemos evitar que la visión de una vela en el horizonte nos traiga, por asociación, el recuerdo del viaje de Ulises.

—*Como en «Sargazos»: «Esa vela que se apoya ligera / cansada de las islas / esa goleta que rastrea el Caribe / y regresa al hogar, podría ser Ulises...».*

Exactamente. Si estoy en el Caribe y miro —como hago siempre cada mañana cuando estoy allí— el horizonte y veo una vela, cada vela que cruza una línea horizontal y avanza muy lentamente desde cualquier dirección, de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, cada una de las velas en esa línea es Ulises. Esto es lo que digo en *Omeros*. Pero también trato de decir que, en el Caribe, una canoa que navega por el horizonte no está imitando a Ulises. Los pescadores de la isla de Granada no están diciendo: «¡Dios mío!, será mejor que nos movamos por el horizonte de izquierda a derecha, porque eso es exactamente lo que hace Ulises». No saben quién es Ulises, ni siquiera les importa no saberlo; son simples pescadores que regresan a casa. Son gente real. Como los florentinos con los que Dante se encuentra en su viaje por el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. Si uno se olvida de esto, corre un riesgo enorme; el riesgo de incurrir en la arrogancia, en la vanidad espiritual de transformar a su propia gente en «emblemas» de algo, en tomar a un pescador que camina por la playa en Gros-Islet y convertir a esa persona en un emblema, todo por culpa del don que tiene uno, de la autoridad que otorga ese don. Resumiendo, éste es el peligro de un escritor caribeño, presuponer que es su deber forjar emblemas o epitafios con su propia gente.

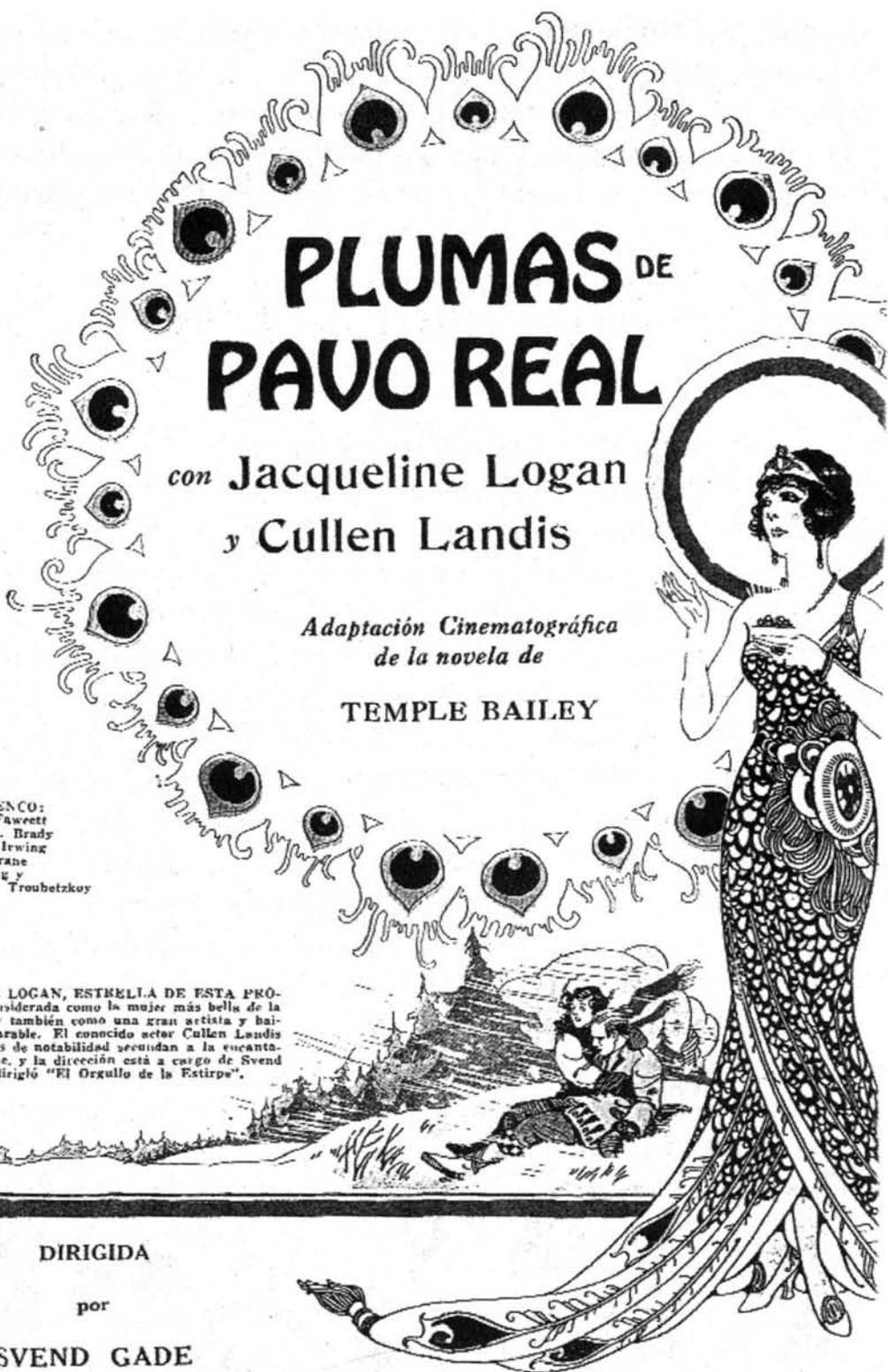
—*Una última curiosidad: resulta bastante curioso que en Omeros, en cierto momento, usted mismo le confiese a Homero que nunca ha leído sus obras «de cabo a rabo». ¿Conoce a Dante de manera tan incompleta?*

Por supuesto. Antes de comenzar esta conversación me dije: «Debo tener cuidado y no darle la falsa impresión de que soy un estudioso de Dante». Lo cierto es que puedo hablar bastante de Dante a pesar de que

mi conocimiento de su obra es fragmentario porque, como sucede con todos los grandes poetas, no hace falta leer toda su obra (a veces ni siquiera hay que leerla mucho) para comprender su textura, su densidad. ¡Puedes elegir diez versos de Dante y vivir de ellos durante días! Sin embargo, sí me he aprendido de memoria muchos pasajes de su obra.

Traducción: Jordi Doce





PLUMAS DE PAVO REAL

con Jacqueline Logan
y Cullen Landis

Adaptación Cinematográfica
de la novela de

TEMPLE BAILEY

ELENCO:
George Fawcett
Edwin J. Brady
Carolyn Irwing
Ward Crane
May King y
Príncipe Troubetzkoy

JACQUELINE LOGAN, ESTRELLA DE ESTA PRODUCCIÓN, es considerada como la mujer más bella de la escena muda y también como una gran artista y bailarina incomparable. El conocido actor Cullen Landis y otros artistas de notabilidad secundan a la encantadora Jacqueline, y la dirección está a cargo de Svend Gade, el que dirigió "El Orgullo de la Estirpe".

DIRIGIDA

por

SVEND GADE